

Reseñas bibliográficas

MERTON, Thomas: “La oración en la vida religiosa”. Ed Mensajero, Bilbao, 1970. Versión española de la obra norteamericana titulada “The climate of monastic prayer”, Ed. Cistercium Publications, Spencer, Massachusetts.

Este hermoso libro del P. Merton “ha resultado involuntariamente -son palabras del prologuista Douglas V. Steere- como su testamento final”. El tema es, por cierto, de los más adecuados para las *novissima verba* de un contemplativo que ha pasado su vida monástica buscando la experiencia de Dios por el amor y transmitiendo en lo posible esa experiencia y ese amor a los demás hombres.

No es un tratado sistemático ni un trabajo histórico, a pesar de que sus capítulos centrales presentan en síntesis la concepción de la oración desde san Benito y sus fuentes hasta D. Agustín Baker, pasando por Pedro de Celles y García de Cisneros, con la introducción de la “devotio” moderna en el claustro. Es si, una obra seria, que recurre muchas veces a la autoridad de los Padres y de los místicos modernos y contemporáneos, que otras expresa una vivencia personal, y que tiene muy presentes los conflictos, problemas y angustias del hombre de hoy.

El título original expresa muy bien el contenido de estos diecinueve capítulos: el clima, es decir la atmósfera, el ambiente propio de la oración monástica, atmósfera que es exigencia ineludible y resultante expresiva de la búsqueda del Dios vivo. En cambio, “La oración en la vida religiosa”, si bien tiene la ventaja de quitarle el matiz de especialización y volverlo “de interés general”, nos parece empobrecido y no muy exacto. El A. mismo nos advierte en la *Introducción* que va a hablarnos “principalmente de la oración de los monjes, pero que ningún cristiano debe darse por excluido, ya que la oración es para todos sin excepción y todos podrán sacar provecho del libro, adaptándolo a su propia vocación”.

La oración del monje florece en el desierto, allí donde Dios debe sostenerla en la pureza de la fe (“genuina fe teologal” nos dirá más adelante). Por eso las pruebas de la fe son dones suyos fuera de nuestro alcance, que en su inescrutable misericordia renueva constantemente, como crisol donde quema todo lo accidental y espurio. Se concretan en los peligros, obstáculos, tentaciones que le salen al paso, muchos de ellos disfrazados: la propia inercia, la sensación de desamparo, el espíritu crítico, el desconcierto, el recuerdo de las propias culpas. De allí la necesidad del guía espiritual, y de la humildad, del arrepentimiento, de la cooperación con la gracia en una total obediencia, del sencillo respeto por la realidad concreta de la vida diaria.

¿Cuál es el desierto del monje? “Su monasterio, su propio corazón, donde el es libre para encontrar y amar al mundo entero” (Merton, *El monje y el mundo de hoy*), -por ello el monje no es nunca un ser aislado sino miembro de la comunidad orante del pueblo de Dios, y su vida- aunque se le acuse de tal- no es *alienación*, huida del mundo, de sus peligros y responsabilidades, sino por el contrario enfrentar con valor la realidad de la propia nada. Esta existencia es justamente el antídoto para todo lo que hoy, so pretexto de *liberación*, nos torna extraños y separados por fisuras casi infranqueables, de lo único necesario. Pero para eso el monje debe trabajar para quitar de si mismo la mentira y el fraude espirituales, tan nocivos. Debe someterse a las “irradiaciones del amor divino”, que nos busca para unirnos a si, sin métodos de meditación que son más bien formas de evasión, ardidés para huir del vacío y del miedo. El vacío y el miedo -otros integrantes de la vida del monje-. El vacío, “cuando Dios mismo se nos hace vacío”, y el miedo que surge de experimentar por primera vez nuestra falta de significado, nuestra nada, “algo más que la condición de seres contingentes, propia de toda criatura, es también el miedo del pecador separado de Dios y de si mismo, rebelde a la verdad

de su contingencia y su malicia”.

El hombre de hoy se siente torturado por el deseo de conocer su propio yo. T. Merton le muestra el sendero de la oración del corazón, donde buscamos ante todo el más profundo fundamento de nuestra identidad en Dios, y lo que allí aprendemos: “¿Qué soy yo? Soy una palabra pronunciada por Dios. ¿Puede Dios decir una palabra que carezca de significado? Pero, ¿estoy seguro de que el *sentido de mi vida* es el querido por Dios?...”.

Si aceptamos el silencio, la soledad, el vacío y la noche, que no son un castigo, sino purificación y gracia, no un infierno de ira, sino de misericordia (Isaac de Stella), habremos recorrido el camino que lleva a la *madurez espiritual*, a la oración humilde y seria, unida a un amor ya maduro que se expresará sin buscarlo en un espíritu habitual de sacrificio y caridad. Se habrá operado la *metanoia*, el *cambio* interior. Y entonces nuestra vida de oración no nos *cegará frente al mundo*, sino que nos hará verlo como lo ve Dios.

El pretendido conflicto entre oración litúrgica y oración privada es según T. Merton, un seudo problema de nuestra época, ignorado por las tradiciones primitiva y medieval. La solución no se halla en la Liturgia sola o la exclusiva “meditatio”, sino en una vida de oración que abrace a ambas dejando margen a vocaciones personales que se inclinarán más a una que a otra. Las dos requieren un corazón humillado y vaciado por el temor, ambas presuponen el *estudio*, pues la vida espiritual necesita cimientos intelectuales sólidos; pero no se puede confundir trabajo de la inteligencia con meditación ni gusto por el *arte y la cultura* con oración. Son sólo presupuestos. Me ha parecido interesante destacar subrayándolos, algunos términos que están hoy en todos los labios, aunque no siempre digan lo mismo. No se si el P. Luis los usó a propósito o no, pero lo cierto es que nos ayudan mucho a comprender cuál es la actitud del monje ante y en el mundo a que pertenece, “mundo que a pesar de sus errores, sus pecados, sus recaídas en la barbarie, sus alejados extravíos fuera del camino de la salvación, se acerca lentamente, aún sin darse cuenta de ello, hacia su Creador” (*Populorum Progressio* 79).

“El monje mira fijamente su propia humanidad y la de su mundo, en aquel punto central y profundísimo donde el vacío parece llevar a la más negra desesperación. Y al enfrentar esta posibilidad, el monje la rechaza. La súplica pura y humilde de la oración monástica convierte la posibilidad de absoluta desesperación en una esperanza perfecta. El monje se enfrenta con lo peor y descubre en ello la esperanza de lo mejor. De las tinieblas sale la luz, de la muerte, la vida. Misteriosamente viene del abismo el Espíritu enviado por Dios para hacer nuevas todas las cosas, para transformar el mundo creado y redimido, y para restaurar todo en Cristo”.

Esta es la labor creadora y sanante del monje, cumplida en silencio, desnudez de espíritu y humildad. Es una participación en la muerte y resurrección salvadoras de Cristo. Todo cristiano puede, si lo desea, entrar en comunión con el silencio de la Iglesia orante que es la Iglesia del Desierto.

*Sor Teresa Pagani, osb
Abadía Sta. Escolástica*

ROBERTS, Agustín: “Hacia Cristo”, Buenos Aires, 1970.

“Hacia Cristo” obra del P. Agustín Roberts, Prior del Monasterio Trapense de Nuestra Señora de los Ángeles, en Azul, Argentina, se presenta como un estudio práctico-doctrinal de los votos monásticos vistos como las expresiones de la dinámica benedictino-cisterciense.

Se podría decir que la lectura del libro nos señala la figura del Monje como quien está en la Cruz pasando al Padre. El monje inmerso en un dinamismo de renuncia, en un “paso hacia Cristo”, “en un viaje al Padre”.

Los votos clavan en la Cruz de Cristo pero para iniciar desde allí el viaje pascual, un “viaje interplanetario” en respuesta a un llamado.

“La vida de los votos es como un equipo de cohetes empujados por el fuego pascual del Espíritu Santo, lanzados hacia el Sol, desde distintas pistas de lanzamientos”.

El autor va analizando cada uno de estos cinco “cohetes”:

- a. desde su pista de lanzamiento, y presenta las obligaciones mínimas jurídicas vistas como oportunidades de amar, más que como ocasiones de pecar.
- b. en su espíritu, que es el de un crecer en la imagen de Cristo.
- c. en su fin, unificados ya alrededor del Sol de Justicia.

Dentro de esta perspectiva se nos presenta:

- 1) la conversión de vida como un vivir en Cristo y Cristo en el monje, habiendo pasado de la “*conversatio mundana*” a la monástica para tener acceso a la “*conversatio in caelis*”.
- 2) la castidad, como el corazón de esta conversión.
- 3) la pobreza, como una exigencia del amor de Jesús que quiere ser toda nuestra alegría, como aquello que nos abre las puertas al secreto gozo de Cristo paciente, manso y humilde.
- 4) la obediencia como medio especialísimo de participación en la Redención, anonadarse para triunfar con Jesús y la posibilidad de un diálogo que presupone el espíritu de obediencia en un hombre de verdadera oración.
- 5) la estabilidad como un *permanecer*, a fin de alcanzar la estabilidad en el amor.

Por otra parte, la conclusión pone de relieve el carácter significativo de la vida monástica como un llamado a guiar a la humanidad entera en su viaje al Padre.

En su lectura, creemos que la sabiduría y solidez de doctrina junto a la originalidad del enfoque contribuirá a la utilidad de cuantos deseen emprender este “viaje”, sean monjes o laicos.

*Sor María Ignacia Porcile, osb
Abadía Santa Escolástica*